

El gobernante de hoy, político de mañana

## MANUEL AZAÑA

Nace en una pequeña ciudad de la meseta castellana. Vive en una casa astartalada, húmeda y fría.

Las procesiones, con sus luminarias; las canciones de las niñas, en el coro de la iglesia, iluminada con velas, que lloran gotas de cera; el estruendo militar de las paradas; las caras dantescas de los que se asoman tras los barrotes del presidio; su prematura orfandad y la falta de amiguitos le hacen crecer triste, silencioso, hosco.

Los maestros de hace cuarenta años eran seguramente muy buenos y sentirían gran vocación; pero prof. saban como indiscutible la verdad de que «la letra con sangre entra».

Tampoco la escuela era amable; los maestros, unos rezadores; la pedagogía, lucubraciones de unos desocupados con afán exhibicionista...

El niño, aparentemente imposible, asistía silencioso y como adormecido a los espectáculos de la vida para recobrar entusiasmos y arrestos y brillo en los ojos cuando podía escapar a la vigilancia de los suyos y leer infatigablemente horas, días, semanas. Primero libros de aventuras. En verano, de regreso del curso, en los agustinos del Escorial, obras de los clásicos castellanos.

Ya es abogado. Ya es hombre. Ya está en Madrid. El ejercicio de la abogacía no satisface sus anhelos. Es empleado. No siente ambiciones. No envidia al rico ni al poderoso. Cultiva las letras, la afición iniciada desde las primeras lecturas. Nada altera de momento su serenidad interior. Es sobrio de palabras. Su espíritu castellano, tolerante y tierno, sigue pasando por los soportales de la plaza mayor de Alcalá de Henares. Precozmente formal. Reflexivo. La lectura, de obsesión, se convierte en vicio. Su cultura se ensancha y su ánimo se temple para no sorprenderse demasiado de las mudanzas. Su imaginación es más veloz que la realidad. La larga estancia en el monasterio del Escorial le impregna, espiritualmente, de aquel discurrir a solas, como un naufrago en una isla desierta.

Con la lentitud de todo trabajo formal se elaboran en la conciencia del joven las repulsas contra la enseñanza anacrónica, la moral del fuerte, la ganancia del diestro en raptar y en curvarse genuflexo y toda una época que se inicia con la pérdida de las colonias antillanas, tiene su Annual y se despeña en una dictadura militar, anacrónica, inculca, con dejos de bravucón y sonido de espuelas.

Los dolores de la patria, las vergüenzas nacionales, le hunden en la biblioteca del Ateneo. Secretario. Presidente. Nuevos afanes; necesidad de sacrificios que alcanzan a la tranquilidad y a la economía; actitudes que no se detienen ante la violencia de la represión y al mismo tiempo la pugna de ideas, el comercio de crieros, la razón

siempre centinela para luchar en la tertulia, en la tribuna, en la cárcel...

En todas partes pueden rebustecerse las ideas asistidas de la experiencia. En la oficina ministerial, con humedad de covachuela de la época de Floridablanca; en los libros; tras las vidrieras de un café de la calle de Alcalá, feria perenne de vanidades y de corruptelas seculares.

El espíritu castellano observa y calla, mientras en su fuero interno se moldea una voluntad, se concreta un pensamiento y plasma una conducta.

Hay que romper los eslabones que tienen prisionero al pueblo español, desde el momento que se funden Aragón, Cataluña, Baleares y Valencia y las Castillas, León Galicia y Asturias.

La vida es algo más que labor silenciosa de laboratorio...

La lucha es rápida. El triunfo sorprende doblemente por inesperado.

Entonces España asiste al desenvolvimiento de una voluntad y una energía adormecidas por la canción del estudio.

El peligro mayor, para la existencia de la democracia, es desarmado en horas. El Pretorio ya no tiene milicias. España comienza a formar su Ejército. Los señores feudales ya están desarmados. Pero la salud de la República no permite treguas ni descanso. Quedan en pie otros feudalismos. Nuevos molinos de viento que sólo imponen a los quiñotes sin las luces del raciocinio. Hay que persistir sin titubear. No debe vacilarse allí donde la indecisión puede ser la muerte.

«Si tiran la silla, derribaré la mesa». Adelante. Cara a todos, con la razón y el patriotismo como lema. España necesita vivir. Debe vivir. Tiene derecho a vivir. Adelante.

El gobernante, erguido, de palabra rápida y tajante, siempre dispuesto a la reconciliación en tanto no suponga desprestigio para la República, «ofrece lo que puede, y puede, según el momento.»

«Política es sólo lo posible. Posible es lo circunstancial. La República será respetada o se hará temer. El Gobierno será inexorable con los impacientes y los insensatos. Una cosa es el liberalismo y otra la libertad. Ser liberal depende del sujeto. Ser libre, de los demás. En el Parlamento está el centro de gravedad de la política española.»

Azaña no se parece a Cisneros, ni a Felipe II, ni a Cánovas del Castillo. Cisneros era fanático, y Azaña, liberal. Felipe II, un sectario sin cultura, y Azaña, transigente sin desdoro. Cánovas combate las leyes liberales, y Azaña las elabora, las razona, las promulga y defiende su aplicación.

Es semejante, en cambio, a una gran figura de la democracia, maltratada durante el siglo XIX por todos los sectarismos heridos: Dantón.

Dantón, personifico al campesino francés, culto y nada ambicio-

so, que sólo le preocupa el porvenir de Francia, y a ello sacrifica afectos y efusiones.

Azaña es el representante del castellano, parco de palabras, de imaginación sometida y voluntad disciplinada.

Aquel, sobre las cenizas del ejército de los reyes crea el de la nación. Azaña transforma hondamente la organización de los defensores armados de la patria.

Dantón es en su época el hombre que atiende a la riqueza del suelo francés y siempre que puede se refugia en su pueblo y se interesa del estado de las cosechas y de la situación de los campos. Procura atraerse a los girondinos. Tercia

## MARCELINO DOMINGO

Según unos historiadores, Jesucristo fué crucificado el 25 de marzo. Cumplía treinta y tres años y tres meses. Otros trasladan la fecha del martirio al 3 de abril.

A la muerte del hijo de Dios precede la prisión, la sentencia y la calle de la Amargura. Desde que abrumaron al Mesías con el peso madero hasta la cumbre del Gólgota tuvo que dar 1.529 pasos.

Sacerdotes, fariseos, brucianos, calabreses y curiosos rodean al Redentor y le injurian, mientras él aterra penosamente.

Samuel, «el judío errante», le niega el consuelo del agua. Un zapatero de Cirene, que unos llaman Asnero y otros Simón, presencia indiferente la tragedia. Alguien dice al Cireneo que ayude al Mesías a llevar la carga. Se niega. Pero le amenazan, y entonces le sacorre caído y le libra unos momentos de la cruz.

Longinos aplica a los labios del rey de los judíos una esponja humedecida con vinagre y mirra. Luego, cuando el de Nazareth agonice en la cruz, entre los dos ladrones, le dará la lanzada, y la sangre del hijo de María, al salpicarle en los ojos, curará su ceguera.

Jesús murmura: Perdonadlos, Señor, no saben lo que se hacen...

El 15 de agosto — el día de la Virgen — de 1917 nació Marcelino Domingo. Es cierto que en esa fecha el actual ministro de Agricultura ya tenía más de treinta años; pero su infancia tiene poco interés para las gentes. Es un niño que juega como los otros niños. Es menos cruel que los otros. Es un muchacho con afición al estudio. Es un joven contemplativo, con mucha vida interior, al cual el espectáculo perenne del «mare nostrum» del dolor de los papas y la miseria le hace pensar en otros horizontes, en una humanidad mejor, en la cordialidad entre los pueblos hermanos y los hombres. Ya era diputado. Ya su palabra fustigaba todos los vicios y abogaba por el remedio; por la religión del amor y la igualdad.

Marcelino Domingo nació en la madrugada del 15 al 16 de agosto de 1917, y en el transcurso de unas horas nació varias veces. Asamblea de parlamentarios en julio en el restaurante del parque de Barcelona. Huelga general el 13 de agosto, que estalla en Barcelona y secundan otras ciudades.

Uno de los complicados — ¿inhábil, torpe? — señala el refugio del diputado. La Policía le detiene. La noticia circula. Los representantes de un régimen de excepción, desde mucho antes en franca rebeldía, lo reclaman.

La civilidad, débil o indefensa, cede. De la Comisaría a la Jefatura y de la Jefatura hasta Atarazanas, el prisionero de guerra, esposado

en sus luchas con la Montaña. No se irrita ante los ataques de los primeros, ambiciosos insaciables, cuyos odios insensatos intentan herirle, sin alcanzarle, ni se concierta con Marat, a quien desautoriza; ni quiere la compañía de Robespierre, que le herirá por la espalda.

Azaña no acepta la invitación a la violencia. No deja el puesto, que no está acabada, y en otras manos podría peligrar, y resiste las codicias, los odios, las impacencias, las conjuras de los santos del ideal y de los pecadores de todas las impurezas de la vida. Es el hombre de hoy. Y éste hoy tiene muchas horas todavía.

hasta clavarse las cadenas en su carne, es transportado como un fardo. Unos fusiles le apuntan, con órdenes de disparar a la primera bala. Cuando el coche se detiene se oyen voces sordas, irritadas, violentas, júbilosos: ¡Ya le traen! ¡Ya le tenemos! ¡Ya es nuestro!

A empujones llega a una habitación confortable. La jauría le rodea. Rechinan los dientes. Se elevan puños amenazadores. Le aseitan miradas de odio.

—¿Cómo te llamas? El innoble tuteo, peor que una bofetada, porque es grosería e injuria.

Interrumpe uno: «No escribáis más. A toque de diana estará «todo» acabado...»

Otro, cuyos insignias le acreditan de especializado en estudios superiores, apunta con un revólver al hombre esposado.

Nuevos empujones le arrojan de aquella sala, a través de un patio desierto, con dirección a los hediondos calabozos.

En la sombra una mano pesada cae sobre su rostro. Una risa soez y una voz júbilosos: ¡Míralo. Es un soldado quien te pegó. Aconséjale contra sus jefes.»

Los pulmones se ensanchan al hallarse en la calle, libres del peso que gravitaba sobre el corazón. ¿Qué importa que sea para marchar al suplicio? ¡Todo preferible a la horrible pesadilla de Atarazanas!

El coche corre por el paseo de Colón. Un revólver apunta al pecho. Muchos fusiles están preparados. Nueva detención. ¿Ya?

El muelle. Una escalerilla. Al pie una gasolinera.

El que manda las fuerzas pide a los marineros: «¡Devolvedme la cadena. Quiero conservarla!»

Antes, él mismo había agarrado las muñecas del preso, reflejando su rostro la alegría, cuando el dolor estremecía al prisionero.

«¡Recuerdo, trofeo, pregon de infamia, alarde valeroso de impunito, símbolo de barbarie medieval! ¿Dónde se ocultará quien en el cumplimiento de una orden se excedió en crueldades inútiles que explican la razón de muchos actos que ahora reprochamos?»

La escalerilla de un buque de guerra. Un jefe en posición de firmes a usted; pero tranquilícese. ¡Aquí está usted entre caballeros!...

Era el comandante del «Reina Regente». El prisionero sigue comunicado siete días. No tiene allí amigos. Tampoco corre los peligros que en tierra. Aunque muy lentamente, su espíritu recobra la tranquilidad. Se cicatrizan las heridas de las muñecas. Quedan unas señales rosáceas. El tiempo lo borra todo. Las cicatrices ahora están en el corazón.... Es el ministro más joven que hemos conocido. Sólo tiene catorce años; pero co-

mo ha corrido riesgos y ha vivido horas de inquietud, ha aprendido a su costa que la vida es dolor; que hay que sentir compasión de los de abajo; que amar es muchas veces sufrir, y que comprender quiere decir también perdonar. De sus pasados dolores salió fortalecida la voluntad y el concepto del deber que impone la obligación de luchar contra las tiranías. Y la táctica para triunfar: contra el fasil, el libro, contra la servidumbre, el pedazo de tierra que por el trabajo pueda redimirnos. Hay una religión perenne: la del deber. Una comunión: la del esfuerzo individual, que nos hace a todos iguales. Esa es la canción de la paz.

Marcelino Domingo es un escultor de pueblos, un cincelador de partidos, un creador de voluntades. No pronuncia discursos. Predica la una buena. Dice:

«Sin colaboración no hay autoridad. Sin libertad no hay colaboración».

«Las doctrinas, para vivir, necesitan de la sensibilidad.»

«La democracia no puede regirse por ráfagas de entusiasmo, que carecen de estabilidad.»

«En la democracia el sentimiento más fuerte es el del deber.»

«En el régimen democrático todos somos responsables. Es preciso una disciplina razonada.»

«Los partidos significan un sentimiento, una conducta y una cantidad de calidades.»

«Las puertas de los partidos deben estar cerradas para todos los que sólo ven un botín en las creencias.»

«Hay que evitar que los reos quieran ser jueces y los entes amoraes se conviertan en defensores de la moral.»

«En materia de instrucción más que la prisa es la norma. No sembrar escuelas a voleo, sino dar al niño el espíritu de su tiempo. Hay que sacrificar la rapidez a la perfección.»

«Las ilusiones deben convertirse en leyes. La máxima ilusión es construir.»

«Hay que racionalizar la economía. No importa lo que podemos producir ni exportar lo que pueda aquí manufacturarse.»

«España para salvarse tiene que exportar, y para vivir tiene que importar»....

En unos meses como ministro de Instrucción realiza una labor cultural superior a la de todo el siglo XIX y treinta años del XX.

Su obra es sólo comparable a la de Azaña al frente del ministerio de la Guerra.

Lo realizado en Agricultura constituye acaso el máximo acierto de la República en sus once meses de régimen.

El Ejército no puede ser una milicia pretoriana. La falta de instrucción convierte al hombre en esclavo del clericalismo.

No será posible la democracia en tanto exista un latifundio....

Marcelino Domingo, como el héroe del cuento infantil, camina sin volver la cabeza, fijos los ojos en una España transformada que se ve allá lejos, muy lejos, como una hoguera en la cima de una montaña.

Voces de llamado, lamentos, imprecaciones, injurias, cuanto puede fomentarse la curiosidad o el desconcierto, suenan a su paso. Nada le detiene. Un hada taponó sus oídos. En su corazón suenan claras las palabras que él pronunciara al recobrar la libertad, a fines de 1917.

«En horas así se conocen las gentes. Y todos habríamos de vivirlos para conocernos mejor a nosotros mismos y conocer del todo a los a los que nos rodean»....

Así habla el hombre de mañana.

J. LARIOS DE MEDRANO